

mientras permanezcamos unidos á la cruz de Cristo: en este signo venceremos. Y al triunfo seguirá la corona de la gloria. Así sea.

CONFERENCIAS CUADRAGESIMALES.

Primera Serie.

LA PALABRA DE DIOS.

(Predicadas en Bogotá, 1886.)

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

Historia y caracteres de la Palabra de Dios.

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.

No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Matth. 4, 4.

1. Venimos, hermanos carísimos, convocados por la Iglesia nuestra Madre, á alimentar y fortalecer nuestras almas con el pan celestial de la palabra que procede de la boca de Dios. Y cierto, ningún tiempo del año mejor que el de la santa Cuaresma, destinado á prepararnos á celebrar dignamente los augustos misterios de la Pascua, para oír atentamente y escuchar con piadosa avidez esta palabra divina, instrumento principal, según las miras de la Providencia, así para el establecimiento de la religión como para su conservación y desarrollo en la Iglesia católica. Por eso veréis en todas partes, durante esta sagrada cuarentena, agolparse al pie de la cátedra de la verdad las multitudes de creyentes, ávidos de recoger de los labios del ministro de la palabra, esos raudales de luz y de doctrina que han de avivar su fe, conmover su corazón y dirigir su voluntad hacia el bien supremo de la salud eterna. ¿Qué son

esas multitudes sino turbas de espíritus necesitados de alimento divino, hambrientos de sustento que dé vida al corazón, de ese pan bajado del cielo para dar al hombre la inmortalidad, pan que no encuentran en ninguna otra parte fuera de la casa de Dios, porque sólo en ella se dispensa la palabra que emana de los labios del celestial Maestro: *Señor, ¿adónde iremos, si tú solo posees palabras de vida eterna?*¹ ¡Oh! y ¡cómo quedan satisfechos muchos de estos corazones después que han gustado en estos sagrados banquetes espirituales la palabra evangélica que nutre, alienta, alegra é infunde vida sobrenatural! ¡Desdichados pueblos aquellos que carecen del ministerio santo de la palabra, por falta de quien la distribuya! Arraigada allí la ignorancia religiosa y moral, el indiferentismo se apodera de las masas, las costumbres se relajan miserablemente, y por todas estas causas las almas agonizan en el desfallecimiento y acaban por perecer en gran número por toda la eternidad.

2. No pretendo, hermanos míos en Jesucristo, hacer precisamente el elogio de la palabra de Dios, demostrándoos sus beneficios, á todas luces evidentes, en orden á la santificación de los pueblos é individuos. Por hoy quiero solamente daros una idea general de esta divina Palabra, materia de las conferencias cuadragesimales que me propongo dirigiros el presente año, exponiéndoos su existencia real é histórica, su naturaleza, objeto y caracteres, persuadido de que nada contribuirá tan eficazmente á prestarnos las disposiciones necesarias para aprovechar esa divina palabra, como el formarnos de ella el altísimo concepto que merece, de donde na-

¹ Io. 6, 69.

cerá también la más alta estimación. *Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan*¹, decía nuestro adorable Redentor. Por manera que el sólo oír esa Palabra, guardándola religiosamente en el corazón, constituye una bienaventuranza.

En efecto, ¿qué es en substancia la palabra de Dios, sino Dios mismo hablando á su criatura, revelándole sus arcanos pensamientos, como suele hacerlo el que habla con otro en la intimidad de la confianza ó del cariño, y manifestándole sus voluntades para trazarle el derrotero de su felicidad? Y ¿hay cosa más sublime, ni más interesante para la criatura racional que esta locución de su Criador y Padre? Veréis en esta serie de instrucciones, cómo esta palabra, necesaria dentro de la esencia divina, y libre fuera de ella, partiendo de la boca del Altísimo para fecundar la nada, sacó todas las cosas del caos del no ser á la luz de la existencia: *Ipsé dixit, et facta sunt...*², y cómo, luego, para fecundar al humano entendimiento, esclareciendo el misterio de la creación, bajó á iluminar al hombre por medio de la Revelación, y conducirle, y con él á todas las criaturas, á su último fin, que es Él mismo en la eterna bienaventuranza. Aparece después esta palabra consubstancial al Padre, el Verbo, encarnado y pasajero sobre la tierra, dejándose oír de oídos de carne y perpetuándose en la voz de la Iglesia, divinamente autorizada para hablar y enseñar á los hombres hasta el fin de los siglos.... Y torna, finalmente, triunfante de todos sus enemigos, la palabra que salió de Dios, á entrar en el seno de su gloria, coronada ya la obra divina, á pesar de la engañosa palabra de la antigua serpiente

¹ Luc. 11, 28.² Ps. 32, 9.

que no ha podido frustrar los designios del Soberano Hacedor.

Os he dado á conocer mi plan: ayudadme con vuestras oraciones á desenvolverlo dignamente á mayor gloria de Dios y aprovechamiento espiritual de vuestras almas.

I.

3. Para formarnos alguna idea, siquiera imperfecta, de la naturaleza de la palabra divina, debemos recorrer su historia, asegurarnos de su realidad, y remontarnos también hasta su origen en el seno impenetrable de la divina esencia. Aquí hallaremos, amados oyentes, aquella palabra eterna y consubstancial con que Dios se habla á sí mismo, y es el Verbo por antonomasia, el Verbo del Padre, verdadero hijo de sus entrañas, y engendrado antes de todos los siglos¹, desde que Dios es Dios, como el rayo luminoso, sin el cual es imposible concebir la luz, es engendrado necesariamente por el foco incandescente. Así nos lo enseña aquella maravillosa página del Evangelio de San Juan que nos muestra en el principio, esto es, desde la eternidad, al Verbo: *In principio erat Verbum*², enseñándonos que el Verbo estaba en Dios y que era el mismo Dios: *Et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*. Sí, carísimos hermanos, porque Dios no podía existir mudo y silencioso como si no se conociera á sí mismo, como si no tuviera, hablando á nuestro modo, conciencia de sí, siendo por su misma esencia espíritu purísimo, inteligencia infinita, luz que ilumina toda la esfera de su propio ser y lo presenta como en clarísimo espejo, á sus propios ojos, y como diciéndose: «Yo soy: *Ego sum.*»³ ¿Quién

¹ Ps. 109, 3.² Io. 1, 1.³ Ier. 7, 11.

podrá comprender la naturaleza de la palabra perfectísima, imagen substancial del que la pronuncia allá en el retrete de su intelección infinita, formada, digámoslo así, de una vez para siempre, única, sin principio ni fin, simplicísima y plenísima, que lo dice todo de una sola emisión, sin que nada pueda añadirsele; palabra soberanamente dulce y melodiosa que lleva en sí todas las armonías de la divinidad; palabra, en fin, de una fecundidad y virtud tal que reproduce, sin faltarle un ápice, todo el objeto que significa?

Mas, como quiera que esta palabra, pronunciada en el recinto impenetrable de la Esencia divina, no está destinada á comunicársenos directamente, pues con ella solamente se habla el Padre á sí mismo, siendo estrictamente «Palabra de Dios, para Dios», apartemos de ella, henchidos de veneración y de respeto, nuestros flacos pensamientos para aplicarlos á otra palabra también divina, pronunciada en el tiempo, según nuestro entender, y fuera del interior santuario de la Divinidad, menos incomprendible tal vez á nuestra inteligencia, esclarecida con la luz de arriba, y de la cual podremos derivar más copioso fruto por medio de aplicaciones más prácticas á nuestra conducta para con nuestro Criador.

4. Fijémonos, pues, carísimos oyentes, en la palabra creadora, por la cual llamó Dios á todas las cosas que no existían como si existieran, dándoles por ese mismo acto existencia y vida: *Ipsé dixit, et facta sunt: ipse mandavit, et creata sunt*¹. Fué aquel un lenguaje de acción, más que de boca, sencillo pero elocuentísimo, con el cual dijo Dios que era omnipotente, sabio y bueno, principio y fuente de todo cuanto tiene ser.

¹ Ps. 32, 9.

¡Qué locución tan magnífica! ¡qué revelación ó descubrimiento de los tesoros escondidos en el seno de la naturaleza divina! Hubo también allí palabra real y propiamente dicha, palabra caída de la boca de Dios, ... *quod procedit de ore Dei*, expresión oral de su voluntad de rodearse de creaturas que le glorificaran; pues no en vano afirma el Sagrado Texto, que *con la palabra del Señor se asentaron sobre sus bases los cielos*¹. Con esa palabra de soberana autoridad llamó por su nombre á las estrellas, que, al escucharla, se presentaron una á una á formar los escuadrones celestes²: con ella llamó á todas las cosas, que precisamente por ella tuvieron oído para percibirla y energía para obedecerla³. Sí, porque era palabra creadora. Toda otra palabra supone oídos que la oigan, supone ser á quien se dirija; sólo la palabra que saca de la nada, sólo el *Fiat* del Criador, da ser y oídos al objeto que nombra: *Ipsé mandavit, et creata sunt*. Era, pues, una palabra soberanamente eficaz. No era, sin embargo, todavía la palabra divina estrictamente tal, porque no todos los seres á quienes iba dirigida eran capaces de comprenderla, por más que la obedecían ciegamente; no todas las criaturas estaban dotadas de inteligencia para ser enseñadas. Notad, hermanos míos, la diferencia entre la creación del hombre y la de los otros seres inferiores: á éstos los llama Dios del caos en que yacen; al hombre no así, porque no dijo: «Hágase el hombre», sino: «Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra». Es decir que Dios, para crear á su criatura racional, habló consigo mismo, expresando, según nuestro modo de entender, su designio y voluntad de formar

¹ Ps. 32, 6.

² Bar. 3, 35.

³ Rom. 4, 17.

una creatura inteligente y libre que, como viva imagen de su Criador, pudiera ser el intérprete de todas las demás y el interlocutor del mismo Dios. Á él, pues, ya puede Dios hablar familiarmente, conversar con él, manifestarle sus decretos y descubrirle los secretos de su sabiduría¹. Tiene ya quien le escuche y le responda: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus*².

En efecto, desde este momento se dejó oír clara y penetrante la palabra de Dios sobre la tierra³. Aquí empieza propiamente la historia de la palabra de Dios.

5. Nos hallamos, pues, en presencia del hecho divino de la Revelación, atestiguado por estas palabras del Apóstol: *En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo á nuestros padres por los Profetas, hasta que en estos últimos días nos habló por medio de su Hijo*⁴. He aquí el hecho más digno de cautivar nuestra atención. La Historia santa lo atestigua. Habló Dios á nuestro primer padre Adán, intimándole el precepto del que pendía todo el porvenir de su descendencia. Hablóle después de la caída para levantarle por el arrepentimiento y la esperanza en la venida de un Reparador. *Adam, Adam, ubi es? . . . Quia audisti vocem uxoris tuæ*, etc.⁵ Habló Dios á los Patriarcas y Santos de la Ley natural, especialmente al segundo padre del género humano, al piadoso Noé, antes y después del gran cataclismo del Diluvio universal, después del cual bendíjole con sus hijos diciéndole: «Creced y multiplicaos y llenad la tierra. . . . Y Yo estableceré con vosotros y con vuestros descendientes un pacto de amistad y protección eterna, en virtud del

¹ Ps. 50, 8.² 1. Reg. 3, 9.³ Hebr. 4, 12.⁴ Ibid. 1, 2.⁵ Gen. 3, 9 sqq.

cual no volverá nuevo diluvio á devorar los moradores de la tierra.»¹ Entonces fué cuando les prohibió comer la carne de los animales sofocados, y les mandó castigar con pena de muerte el homicidio, recordándoles haber sido creado el hombre á imagen de Dios². Largo sería enumerar todas las veces que se dignó Dios conversar con los hombres, llegando á tratarlos como amigos, á quienes nada puede ocultárseles. Pero ¿quién ignora hasta qué punto llegó la familiaridad y frecuencia de las comunicaciones entre Dios y su siervo Abrahán? ¿Qué de veces no le dirigió la palabra desde el día en que, apareciéndosele, dióle orden de salir de su tierra y parentela, y de abandonar la casa paterna para ir á la tierra que el Señor tenía destinada para ser el teatro de los mayores acontecimientos de la Historia, hasta que por última vez le reiteró la gran promesa de que en su descendencia bendeciría todas las naciones de la tierra, por haber obedecido á su voz cuando le mandó ofrecer á su hijo en holocausto³.

Andando los tiempos, ya en los llamados de la Ley escrita, ¡con qué aparato de solemnidad y majestad divina no se dejó oír la voz de Jehová en las cumbres del Horeb y del Sinaí; allí, para enviar á Moisés á Faraón por libertador de su pueblo escogido⁴; aquí, para dictarle la Ley por excelencia, el Decálogo, que había de ser el código eterno de la moral para todos los pueblos de la tierra⁵! Finalmente habló Dios á su pueblo por mediación de los Profetas, á quienes descubrió mil acontecimientos futuros, reiterándoles continuamente las promesas de Redención hechas al género

¹ Gen. cap. 9 per tot.² Ibid. vers. 4 sqq.³ Ibid. 22, 16—18.⁴ Ex. 3, 10.⁵ Ibid. 20 per tot.

humano. ¿Qué otra cosa contienen esos admirables libros de los Profetas, mayores y menores, sino la palabra de Aquel que inspiró á los santos lo que habían de hablar á los contemporáneos: *Loquere*, y lo que habían de escribir para instrucción de las generaciones venideras: *Scribe*? Porque, como advierte el Príncipe de los Apóstoles, no por propia voluntad profetizaron jamás aquellos varones escogidos de Dios, sino movidos por la inspiración del Espíritu Santo¹.

Llegada, por fin, la plenitud de los tiempos, calló la voz de los Profetas, enmudecieron los intérpretes humanos de la Palabra divina, porque iba á sonar la Palabra consubstancial de Dios, su mismo Verbo, el Hijo á quien constituyó heredero de todas las riquezas de su gloria²: *Locutus est nobis (Deus) in Filio*. . . .

6. ¿Qué decir á todo esto, amados fieles? ¿No veis trazada la reseña puramente histórica de la palabra de Dios? ¿Quién no ve aquí la prueba auténtica de la realidad del hecho de la Revelación? ¿Podría contestarse un hecho atestiguado por la voz de sesenta siglos, por el testimonio de todo el género humano? Negarlo ¿no sería negar toda la Historia? Y, sin embargo, vosotros sabéis que hay, y no pocos, que se atreven á negarlo con la mayor impudencia. Pero ¿con qué derecho? ¿con qué argumentos tan decisivos que destruyan toda la fuerza de una afirmación universal? Con ninguno, ciertamente, porque no hay argumentos contra la verdad que se nos entra por los ojos. Miserables sofismas son todo lo que el racionalismo incrédulo de los tiempos modernos ha podido acumular en apoyo de su atrevida é insensata negación de la realidad de la palabra de

¹ 2 Petr. 1, 21.² Hebr. 1, 2.

Dios. Ha dicho, por ejemplo, que esa comunicación era imposible, que no era digna de la divina grandeza, que no era necesaria y, dado que lo fuera, era inútil para el hombre, etc. Mas ¿qué hay de verdad en todo esto, hermanos míos? Nada absolutamente, como puede verlo cualquiera que sea capaz de hacerse las siguientes reflexiones.

El hombre nació, según el testimonio de la Historia, hablando con su Criador: su comunicación le fué familiar así en el estado de gracia como en el de caída; vivió, pues, y se extendió por toda la redondez de la tierra acostumbrado á esta divina comunicación, á lo menos hasta los tiempos de la nueva era, de la reparación de la culpa y advenimiento del reinado de la gracia. Vió entonces con sus ojos de carne al Hombre-Dios, oyó su palabra, tocóle con sus manos¹, porque Dios se manifestó claramente y dictó enseñanzas de vida eterna. Después de esto ya no fué preciso que volviese á oírse la palabra de Dios, pues todo estaba dicho por el Verbo, así como todo estaba consumado en el Calvario. Quedaba, sin embargo, el tesoro de esa divina palabra depositado en la Iglesia para beneficio universal de los humanos: la palabra de Dios permanece para siempre². Siendo esto así, ¿qué lugar queda para poner en tela de juicio la posibilidad, la conveniencia y la necesidad de la Revelación divina? ¿no son ya superfluas todas estas cuestiones? ¿no lo sería, inquirir la posibilidad de la luz del sol, su utilidad, etc., cuando estamos gozando de ella en pleno mediodía? Lo que de hecho existe, demás está decir que es posible; porque, si no lo fuera, tampoco existiría. Siendo,

¹ 1 Io. 1, 1.² 1 Petr. 1, 25.

pues, innegable, por testimonio histórico, que Dios ha hablado con los hombres, ¿á qué viene demostrar que la Revelación es posible? Y, si ha tenido lugar, debe creerse que habrá sido con razón suficiente, porque ha sido necesaria para el hombre, ó, por lo menos, útil y provechosa, puesto caso que Dios no obra sin motivos de altísima sabiduría y bondad.

Huelga, pues, deciros, hermanos carísimos, que Dios, como verdad infinita y fuente de sabiduría, podía enseñar al hombre por sí mismo, mejor que por cualquier otro medio, hablándole, como un padre enseña á su hijo, un maestro á su discípulo; y así dijo Jesucristo: *Uno solo es vuestro maestro, á saber, Cristo*¹. *Vosotros me llamáis maestro y señor, y bien decís, pues lo soy*². Por otra parte, siendo Dios Bondad suma, infinitamente comunicable, ¿no había de querer comunicar su pensamiento á su criatura, habiéndole comunicado la existencia? Y ¿en qué podría menos-cabar esa comunicación la majestad del Criador? Si no fué indigno de Dios dar el ser, ¿por qué lo sería dar la luz á la criatura inteligente? Dirán, tal vez, que esta criatura era incapaz de oír la voz divina ó de entender su palabra. Pero ¿es menos perceptible para la inteligencia la voz de Dios, que cualquier otra voz que habla? Decir esto, ¿no equivaldría á suponer en Dios defecto de poder para hablar? Pero, ¿cómo puede haber defecto en el Omnipotente? Como dijo el Profeta: *El que hizo el ojo, ¿no verá?*³ El que dió al hombre la facultad de hablar y comprender á quien le habla, ¿no podrá darse á entender del mismo hombre? ¿No es esto absurdo? Finalmente, la necesidad de la Revelación

¹ Matth. 23, 8.² Io. 13, 13.³ Ps. 93, 9.

es evidente con relación á las verdades de orden superior á los alcances de la razón humana; y, en cuanto á las otras de orden natural, aunque asequibles al hombre, considerada su naturaleza en abstracto, son de hecho inasequibles ó de casi imposible asección para la masa del género humano, como lo prueba la ignorancia universal en que éste yace dondequiera que no ha brillado ó se ha apagado la luz de la Revelación divina.

Y esto baste, amados fieles, por lo que hace á la naturaleza de la palabra divina, cuyos caracteres principales en orden á nosotros pasaremos á bosquejar ligeramente en la segunda parte de esta conferencia.

II.

7. De todo cuanto nos ha sido dado conocer históricamente acerca de la palabra de Dios, aparece claramente que tiene, como toda palabra buena y substancial, pero en alto grado, el doble objeto de enseñar y dirigir al hombre, alumbrar su entendimiento y alimentar su corazón. Por eso repite tantas veces el Real Profeta estos ó semejantes conceptos: *«Antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mis senderos. . . . De tus mandamientos vínome la inteligencia, por eso aborrecí todo camino de iniquidad.»* Y ¿qué otro fin más digno de la locución divina? Porque, así como el caos primitivo fué iluminado por el rayo de la palabra omnipotente: *Fiat*, así también por ella debía serlo ese otro caos del humano entendimiento, henchido de ignorancia, errores y toda clase de tinieblas. Despréndense de aquí los caracteres más notables de esta divina Palabra, de

¹ Ps. 118, 105, etc.